

LA MISION SOCRATICA DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Hace más de siete años que, en una nota que yo escribía entonces a propósito de dos libros sobre Unamuno, decía que hablar sobre el gran rector de Salamanca era un problema (1). Don Miguel de Unamuno no quiso—o no pudo—ponerse de acuerdo consigo mismo jamás, aunque a ello—él me perdonaría la paradoja—dedicase toda su existencia. El problema, pues, estaba implantado dentro de la medula de su vida; y esto es lo que muy pocos de los pretendidos críticos de Unamuno han comprendido.

Cuando un crítico filosófico—prescindo ahora conscientemente de la labor literaria—juza a un pensador, puede estar movido por uno de estos tres—o por los tres juntos—principios fundamentales: 1.º Inquietud filosófica; 2.º Labor histórica, y 3.º Preocupación religiosa. La inquietud filosófica es incompatible con el gastado recurso de eludir el tema. Hay, pues, que saber a qué atenerse y decir, de una vez, en qué sentido es y en qué otro no es filósofo don Miguel de Unamuno. En cuanto a la historia, ésta es un componente de la realidad, y no podemos dejar escapar ningún fragmento de ella, aunque esto nos obligue a un trabajo rudo y valeroso. El desconocimiento del menor instante de la historia implica el no poder utilizar una serie de posibilidades para nuestra propia existencia; y no creo que nuestra época sea tan rica y segura como para permitirnos el lujo de prescindir de la “ejemplar”—en sentido cervantino—lección de Unamuno. Y en nuestro caso concreto histórico, en nuestra condición de españoles; tampoco estamos tan sobrados de sustancia filosófica como para

(1) Este artículo reproduce la segunda de mis conferencias sobre *El pensamiento español contemporáneo*, pronunciada en el I Curso superior de filología hispánica, organizado por la Universidad de Salamanca y posteriormente en el Colegio de España de la Cité Universitaire de Paris.

no aprovechar las posibilidades que encierre el pensamiento de don Miguel.

Pero aún quedaba algo más: la preocupación religiosa. Nosotros, como cristianos, no podemos contentarnos con encogernos de hombros. Cristianamente no se puede renunciar a nada, y, menos aún, a *cristianizar*; es decir, a redimir todo lo que haya de valioso en todos los hombres y en todas las cosas. Es cierto—digamos las cosas bien claras—que la posición religiosa de Unamuno parece heterodoxa; quizá *deliberadamente heterodoxa*. Su pensamiento, ha dicho uno de sus mejores críticos, Julián Marías, está “cruzado por errores filosóficos y religiosos y concretamente por una innecesaria heterodoxia que, lejos de brotar de lo más hondo de su pensamiento, desvirtúa y entorpece sus más perspicaces hallazgos. Pero, al mismo tiempo, existen en su obra geniales adivinanzas y aciertos a los que no podemos renunciar.” Y otro de sus más profundos conocedores, el franciscano Miguel Oromí, añade: “los conatos de Unamuno... para superar el racionalismo y el positivismo y elevar al hombre a la región trascendente... no pueden ser considerados indiferentemente por los cultivadores de la sana filosofía” (2).

Y aquí entra la segunda dificultad del problema de Unamuno, que se le ha llevado y traído de un lado y del otro, en provecho propio y sin parar mientes en la realidad de su pensamiento. Entre nosotros, los cristianos, Unamuno—salvo honrosas y ejemplares excepciones—sólo ha encontrado “el desprecio y la irrisión”. “Los católicos—dice el padre franciscano Miguel Oromí, no ningún ateo—, satisfechos con su dogma, no se preocuparon de hacer un examen detallado... de las doctrinas de Unamuno.” En cuanto a los de la acera izquierda, aplaudieron a rabiar a Unamuno mientras les convino, no porque admiraran su pensamiento, del cual no habían entendido una jota, sino porque les convenía para la política. Y cuando don Miguel les sacaba las uñas, entonces hubieran hecho con él un auto de fe laico (3).

¿Y por qué brota esta incomprensión radical del pensamiento de Unamuno? De dos elementos, uno subjetivo y otro objetivo. El subjetivo está formado por la ideología política, de una parte, que impidió a todos, derechas e izquierdas, comprender la postura de don Miguel,

(2) MARÍAS: *Miguel de Unamuno*, Madrid, 1943, p. 7; OROMÍ: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*. Madrid, 1943, p. 220.

(3) OROMÍ: *Op. ct.*, p. 214.

y por la falta de caridad en muchos, que han calificado el pensamiento de Unamuno de "chascarrillos", de "pedestre" y "ramplón" y a su mentalidad incluso de patológica (4). Pero, aparte de estas mezquindades, existe el motivo objetivo: don Miguel aparecía conscientemente como un ser un poco extraño y original; a unos su originalidad les parecía genial, a otros extravagante, pero en eso coincidían todos. Su figura, su modo de vestir, su fobia a la corbata, sus pajaritas y su miga de pan en la que entretenía sus dedos era lo primero—y para muchos lo único—que se veía de Unamuno. Oficialmente era catedrático de griego y profesor ejemplar de esta materia y de filología románica; pero no publicó ni una sola línea de su especialidad. Escribe ensayos, que a los literatos les parecen pesadotes y filosóficos, y los filósofos los califican de literatura. Escribe novelas que él quería que no fueran novelas, sino *vivolas*; publica su primer libro de versos a los cuarenta y tres años, en pleno triunfo del modernismo y sin el menor eco de Rubén. Y el día que don Miguel sale al escenario todo el mundo está conforme en una cosa: en que aquello, bueno o malo, no es teatro. Como no vive en Madrid, sino siempre en Salamanca, hay quien cae en la tentación de llamarle "provinciano"; pero en seguida se reflexiona: tampoco es provinciano, pues resulta más europeo que los literatos de cafetín de Madrid. A las derechas este inquieto Unamuno les parece un peligroso izquierdista, pero los socialistas le tildan de reaccionario y místico.

¿Y por qué esta imposibilidad de reducir a un patrón a Unamuno? Muy sencillo, don Miguel no quiere—y en eso hizo muy bien—que lo encasillasen. Para el vulgo medio no hay cosa más útil que el encasillamiento. Estos señores lo tienen todo resuelto; con una bomba atómica, zas, resueltos todos los problemas del mundo; que los dejen tres días en tal puesto y resuelto el problema de las restricciones eléctricas; a un lado los malos y a otro los buenos, etc., etc. Y a estos señores les molesta que pueda existir un tipo que se les escape de sus casilleros. Y eso les ocurría con Unamuno. "Buscan—escribía Unamuno—encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es ateo, es racionalista, es místico o cualquiera otro de esos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo,

(4) OROMÍ: Op. ct., pp. 138 nota y 34 nota.

Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única" (5).

Creo que en esto todo hombre que tenga un átomo de personalidad estará de acuerdo con Unamuno. Pero, precisamente cuando se está bien seguro de la propia personalidad, es cuando el hombre no se preocupa de aparentar los mismos rasgos del común de los hombres. Lo extraño es que Unamuno no sólo tuviese conciencia de su gran personalidad, sino que quisiera que ésta rebosara de su alma, sobre su piel y hasta sobre su traje. La razón de esta actitud hay que buscarla en la época que él vivió. En una obra, tan extraña como las de Unamuno, de otro hombre tan genial como don Miguel, en Ganivet (con quien tuvo Unamuno una amistad fraterna, eminentemente epistolar) se lee un curioso diálogo entre Pío Cid y Martina. Esta quiere sacarle al bueno de Pío Cid su media filiación, y el último conquistador se resiste: "Oye, tú, Pío..., pero tú, ¿qué eres?" "Yo soy un hombre." "Valiente contestación...; hombres son todos los que no son mujeres. Lo que yo te pregunto es que qué eres." "Yo no soy nada..." "Nada no puede ser...; tú vives de algo." "Vivo de lo que como, y como lo menos posible..." "Vamos, no seas guasón... Tú tienes un empleo, o una carrera, o una ocupación..." "Tengo un empleo... que me da para ir tirando; tengo una carrera, y podría ser abogado." (Entonces la mujer ve el cielo abierto.) "De modo que eres abogado..." "No lo soy ni quiero serlo...; ya te digo que no soy nada, ni seré jamás nada; porque no me gusta que me clasifiquen." Unamuno, como Ganivet, se pasaron toda su vida esforzándose en que no los clasificaran (6).

Para comprenderlo hay que recurrir a la historia. Don Miguel de Unamuno nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864, bajo el reinado de la castiza doña Isabel II, entonces apoyada en el "espadón de Loja", como se llamaba a don Ramón María Narváez. Su infancia es la época de la "Gloriosa", de don Amadeo, de la última guerra carlista; su juventud, la habilidosa restauración de Cánovas. Sus mejores años coinciden con aquel trágico carnaval que fué la guerra de Cuba. El gran literato de la época era Echegaray, y la filosofía vigente el endiablado galimatías de los krausistas. Las figuras más populares son Gayarre y Frascuelo; cuando se quiso derrotar a los Estados Unidos se cantó la "Marcha de Cádiz" y se lidiaron en la Plaza de Ma-

(5) Cfr. MARÍAS: *La filosofía española actual*. Buenos Aires, 1948, p. 37.

(6) Idem *id.*, pp. 37-38.

dríd ocho toros, con ocho brindis de picaresca pura. Después de esto podemos comprender que a algunas personas como Gánivet y Unamuno les gustase el que no los confundiesen. Esta fué la cara externa, la que la gente ve; al interior se abría uno de los problemas esenciales de la filosofía: el problema de la existencia.

Vivir—decía en una ocasión Simmel—es más que vivir; vivir es desear perdurar, no morir de una vez—como le dice a Unamuno uno de sus personajes—, eternizarse. “¿Por qué quiero saber de donde vengo y adonde voy, de donde viene y adonde va lo que me rodea y qué significa todo esto? Porque no quiero morir del todo y quiero saber si he de morir o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido.” El problema, pues, es existir; y seguir existiendo no de cualquier modo, sino tal como se es. Ahora bien, en este caso, bastaría entonces con la meditación íntima que nos patentizase el problema de la existencia humana; pero, ¿para qué confiar ahora esa meditación a la obra escrita? Porque existir es—como luego diría Heidegger—coexistir, existir con otros. “Una persona aislada—dice Unamuno—deja de serlo.” El aislamiento, lejos de ser una liberación para el hombre, compromete la esencia de nuestra existencia humana. Por esto Unamuno pretende con su obra dos cosas: una de ellas, perdurar:

“Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos...
Cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro.”

la otra, inquietar a los demás, despertarlos también a la existencia auténtica (7). Y para vivir una existencia auténtica hacen falta dos cosas: creer y saber; no basta con la fe ciega que cree sin saber, pero mucho menos basta con la ciencia positiva que se resiste a creer. Unamuno quiere saber perfectamente toda la problemática de la existencia humana y desentrañar el problema de la muerte, para no comprometer su vida por una ruta inútil. Y toda su obra es eso: una analítica desgarrada y personal de la existencia humana. Desde este

(7) Cfr. MARÍAS: *La filosofía española actual*. Buenos Aires, 1948, pp. 40-42.

punto de vista don Miguel de Unamuno forma con Kierkegaard y Nietzsche la suprema trilogía de los padres del existencialismo.

Pero ¿en qué sentido es existencialista Unamuno? Indudablemente no lo es en el sentido riguroso del término, al modo de Heidegger, pero sí en el sentido lato y vulgar de esta palabra. “Yo creo, me decía en una ocasión Gabriel Marcel, que si Unamuno hubiera seguido escribiendo teatro hubiera sido muy parecido al mío. Al menos, me agregaba Marcel, yo intento con mi teatro lo mismo que buscaba Unamuno con sus novelas.” Y en Friburgo, Heidegger, mientras me señalaba los volúmenes de Unamuno alineados en su biblioteca, me decía que era el pensador español que más le había preocupado. Al mismo tiempo que Dilthey y Brentano—y bien que los tres se ignorasen entre sí—Unamuno se rebela contra aquel aséptico sujeto cognoscente, inventado por Descartes, perfeccionado por Locke y Hume, alquitarado por Kant y deformado por los positivistas. “Por las venas del sujeto cognoscente que Locke, Hume y Kant construyeron—decía Dilthey—no corría sangre auténtica, sino el enrarecido jugo de su razón desvitalizada.” Casi al mismo tiempo Unamuno decía que el único sujeto posible era el hombre completo, “el hombre de carne y hueso”, como Unamuno acostumbraba a decir.

Naturalmente que Unamuno no llega al existencialismo metafísico heideggeriano. Sería inútil intentar buscar en él un nuevo replanteamiento de la “lucha de gigantes en torno al ser” (γυγαντομαχία περί τῆς οὐσίας), que dice Heidegger al comienzo de *Sein und Zeit*. Pero sí pertenece Unamuno, propiamente hablando, a la que algunos autores han llamado filosofía *existensiva*—si se quiere reservar el apelativo existencial para la de Heidegger—. La analítica existencial de Unamuno se abre con una proposición en la que luego coincidirían los cuatro pontífices del existencialismo: Heidegger, Jaspers, Sartre y Marcel. “La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación”, dice Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*. Compárese este texto con el de Jaspers en *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*: “Quien así piensa se siente a sí mismo, a un mismo tiempo, como nada. Su conciencia del fin es, a un mismo tiempo, conciencia de la nulidad de su propia esencia.” Y un poco después concluiría Heidegger: “Der Tod ist eine Weise zu Sein...” (la muerte es una manera del ser que la existencia humana toma sobre sí en cuanto empieza a ser). “Dasein ist Zeitlichkeit”: la existencia es temporalidad, limitación;

nuestra propia vida siente que su existencia es "zum Tode", para la muerte (8).

Este grandioso fondo existencial del pensamiento de Unamuno nos explica algo que muy pocos han comprendido: el carácter de la obra literaria de Unamuno. "No es un literato", decían los escritores y críticos de su época, y llevaban razón; "no es un filósofo", añadían los que por aquellos años se consideraban tales, y llevaban también razón; porque, a Dios gracias, lo que Unamuno escribía no se parecía en nada a lo que los secos escolásticos y los nebulosos krausistas de su tiempo excogitaban. Pero hoy, visto Unamuno después del genial teatro de Sartre, del "Journal" íntimo de Marcel y de las novelas de Camus y Simone de Beauvoir, comprendemos muy bien lo que Unamuno fué, y con notable ventaja sobre todos estos, desde el punto de vista filosófico.

Si abrimos un ensayo de Unamuno veremos que don Miguel empieza hablando en primera persona. Pero no se trata de un artificio retórico; esto es lo que no comprendieron sus contemporáneos. Quien dice "yo" en los ensayos de Unamuno no es un personaje de ficción con más o menos rasgos autobiográficos: es el propio don Miguel de Unamuno de carne y hueso, con toda su circunstancia. Incluso cuando Unamuno se apoya en una cita de otro autor lo hace, no por afán de buscar un testimonio de autoridad, sino porque encuentra allí un rasgo de sí mismo. Como decía Maurois de uno de sus personajes, don Miguel de Unamuno subrayaba en los demás lo que encontraba parecido consigo mismo. Todo es utilizado por Unamuno como un prodigioso lago en que disolver su desbordante personalidad. Una carta a un amigo, una nota sobre política, una descripción de un paisaje. Creo que nadie ha comprendido, en este sentido, más exactamente el significado de los ensayos de Unamuno que el amigo que tituló a una selección de sus artículos "Paisajes del alma" (9); el título procede de uno de los artículos, así llamado. Incluso delante de la naturaleza, Unamuno se derrama generosamente sobre ella.

Sólo citaré un ejemplo, porque he tenido la suerte de revivirlo en

(8) Cfr. JASPERS: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*. Barcelona, 1938, pp. 10, 11, 18, 58 y 59; HEIDEGGER: *Sein und Zeit*. 4.ª ed., Halle, 1935, pp. 245, 274, 406 y ss.

(9) MIGUEL DE UNAMUNO: *Paisajes del alma*. Selección y prólogo de M. García Blanco. Madrid, 1944.

compañía de entrañables amigos: la descripción del paisaje de la Flecha, que Unamuno escribió hace cincuenta años. "A cosa de una legua larga de la ciudad de Salamanca, junto al viejo camino real de Madrid y a orillas del claro Tormes, se encuentra el deleitoso paraje de la Flecha, cuyo sosiego cantó el maestro fray Luis de León." Así comienza el también "maestro" Unamuno, como le llamaba en una ocasión, desde las ubérrimas lomas de Ubeda, Antonio Machado. "Es un paisaje modesto, casi pobre, sencillísimo, lírico a la vez, sin exuberancias ni esplendideces deslumbradoras, con aire purísimo y extensión vasta, con ámbito transparente." Adviértase que don Miguel actúa al revés que un pintor, al contrario de un Gabriel Miró, que hubiese pintado el paisaje al pastel, como un cromo recargado de pintura. No hay ni una sola nota de color. "Parece la tierra—continúa—un mero soporte del cielo, es el paisaje en que mejor se comprende que se fusionaran en el alma del maestro León el humanitarismo y la mística, Horacio y el Areopagita." Unamuno no ve a la tierra real, seca, fría y áspera—que a un meridional, como a mí, se le mete por los cinco sentidos—; ¿es el alma platónica y dulce de fray Luis la que Unamuno ve en ese rincón? Ni mucho menos; es su propia paz, su propia alma, que llena de dulzura se le escapa ahora por los ojos y anima y vitaliza el menguado oasis de frescura que es la Flecha. "El río tranquilo, dice Unamuno, los álamos que bordan y en él se miran espejados... En aquel deleitoso rincón de la Flecha, junto al claro Tormes..., aprendió fray Luis la alegre desnudez de la pobreza... y allí fué donde mejor le aleccionó el cielo... ¡Qué dulce soñar el de aquella vida! ¡Qué dulce vida la de aquel soñar!" (10). Yo creo también que aun ahora hay una pizca del alma de Unamuno en cada uno de los encendidos álamos del crepúsculo de la Flecha.

Contaba una vez Ortega y Gasset, a propósito del estilo y de la técnica de Marcel Proust, la historia de un lector con quien la naturaleza no fué muy pródiga en altura. El buen lector llegaba diariamente a una biblioteca y pedía, invariablemente, al bibliotecario dos volúmenes de un voluminoso diccionario. El bibliotecario le preguntaba qué tomos deseaba. "Me da lo mismo—respondía el lector—; son para sentarme sobre ellos." Así, concluía el apólogo, también a Proust lo mismo le daba un tema que otro; se trataba de un mero soporte para

(10) MIGUEL DE UNAMUNO: *Paisajes*, Colección Calón, Salamanca, 1902, páginas 9-31.

sus análisis psicológicos. Cosa semejante se ha dicho de los géneros literarios que empleaba Unamuno. En el caso de Marcel Proust, don José Ortega y Gasset se equivocaba, porque cuando escribió su excelente artículo sólo iban publicados los primeros volúmenes de los dieciséis de que consta *A la Recherche du temps perdu*. Pero en los dos primeros volúmenes, *De côté de chez Swan*, iba ya encerrada la trama y las personas de los dos últimos de *Le temps retrouvé*; nada hay de improvisación ni de recurso en la trama de Proust.

Del mismo modo se han equivocado tajantemente los críticos que han creído que don Miguel de Unamuno escogía los géneros literarios en que está fundida su obra de un modo arbitrario. Antes al contrario, la forma externa de la obra de Unamuno revela un interés metódico. El contenido de la obra de Unamuno es siempre, ya lo decíamos antes, absolutamente personal; y cuando una obra personal salva lo anecdótico de la vida de cada uno para discurrir sobre los cauces de la muda existencia, ese contenido es esencialmente dramático. Unamuno se resiste a ese recurso de animar vidas ajenas con pequeños rasgos autobiográficos; cuando él se coloca a sí mismo en una obra se mete todo él entero en ella, lo mismo en su obra que en su vida. Se cuenta que cuando don José Ortega y Gasset volvía de Alemania, dispuesto a rehacer a España, quiso colocar al frente de sus banderas a Unamuno. Ortega se extendió cuanto quiso ante don Miguel, que, cosa extraña, mantuvo un silencio inacostumbrado e inquietante. Ortega le preguntó, un poco aturdido, si es que no le había comprendido bien, a lo que respondió Unamuno: "No, no; he comprendido muy bien. Usted quiere que yo sea el *padre* de este movimiento y usted el *espíritu*. Pero yo, amigo mío, soy el padre, el hijo y el espíritu santo." Este hombre completo que don Miguel de Unamuno quería ser en su vida es también el contenido de toda su obra.

Por esto, el teatro de Unamuno no resulta *teatral*; es demasiado *dramático*. La obra teatral, para ser tal, necesita que se equilibren los dos elementos que la componen: el teatral y el dramático. Si se suprime el elemento dramático (hoy le llamaríamos con lenguaje equívoco *existencial*) de una obra, ésta se hunde bajo el peso de la teatralidad desnuda; como sucede con las comedias de un Suárez de Deza o las últimas obras del propio Benavente. Pero si se prescinde del elemento teatral, la farsa resulta irrepresentable, como sucede con el teatro de Unamuno; no por defectos técnicos, sino porque no deja al director,

a los autores y al público el más pequeño resquicio por donde meter algo de su propia personalidad.

Algo semejante sucede con la poesía de Unamuno. Don Miguel, como todo poeta, escribe versos porque le nacen, como él decía, de dentro. La poesía es, en primer lugar, una criatura, imagen y semejanza fidelísima del padre. El poeta escribe para expresarse, y lo demás le trae—o le debe traer— sin cuidado. Pero el hombre no es un ser cerrado en sí, está abierto al mundo; el mundo no es un ente extrahumano absolutamente independiente de nuestra vida. La existencia sólo es tal dándose en un mundo y junto a otros. La expresión, pues, no se realiza plenamente si no alcanza también a esos "otros" que acompañan esencialmente a nuestra existencia. Pero para que los demás completen esa expresión se necesita que la poesía deje un resquicio por donde el lector introduzca su personalidad. Y aquí está la clave de la dureza que presenta la poesía de Unamuno. Este ha metido dentro de ella su personalidad tan individualizada que el lector va resbalando sobre ella sin encontrar un asidero a que aferrarse para introducir sus sentimientos. Por eso los poetas de evasión lírica son los que se buscan más lectores y más seguidores; su personalidad poética es tan vaporosa que a todos les conviene, sólo que a unos les parece un barbudo San José y a los otros la Purísima Concepción, como decía de cierta pintura Don Quijote.

Toda la obra de Unamuno refleja, pues, una unidad temática sorprendente, perpetua, monótona. Sólo hay, rigurosamente hablando, un tema en el pensamiento de Unamuno: *el problema de la existencia personal y concreta*. Unamuno construye en torno a este tema eje una polifonía maravillosa, riquísima; pero no nos dejemos engañar por el contrapunto variable y el acompañamiento melódico de la trama; el tema central no cambia nunca. La existencia personal y concreta, vivida por el hombre completo, de carne y hueso, como él decía, que fué don Miguel de Unamuno, es lo que encierra toda su obra; es lo que existe hoy de Unamuno, precisamente, lo que él quería que existiese y perdurase siempre. Esto nos explica el por qué Unamuno encontró en la novela el mejor vehículo formal para su pensamiento. Y aquí se ve también cómo hay que comprender a Unamuno mirándolo desde nuestro mundo. Sus novelas no se parecen en nada a las que se escribían en su tiempo: la época de los Goncourt, de Galdós, de Zola, de la Pardo Bazán. Todos estos viven, quieran o no, sobre los supuestos

de la concepción positivista del hombre. Y Unamuno, en esto, está al cabo de la calle. Pero Unamuno convive también con la novela psicológica: Dostoiewsky, Thomas Mann, Joyce, Proust, Pérez de Ayala, y nada más distinto que la novela de Unamuno respecto de esos grandes novelistas. Hay que llegar a Chesterton, Papini, Bernanos, Mauriac y los existencialistas para encontrar una novelística hermana de la de Unamuno.

Esto nos sitúa a Unamuno en su verdadero lugar natural. Su técnica novelística es un procedimiento metodológico; de aquí que prefiera la novela personal, *ontológica*, frente a la pura enumeración positivista (de la novela naturalista) y frente a la mera descripción psicológica (Dostoiewsky y Proust, por ejemplo). A Unamuno no le interesa la descripción; sus obras son utópicas y ucrónicas, es decir, que no las podemos localizar ni en un lugar ni en un tiempo; no le importa la psicología de sus personajes ni sus situaciones, sino *lo que éstos son*. Cada uno de sus personajes es una solución o una aporía que Unamuno le presenta al problema del ser. En *Paz en la guerra* se trata del sujeto personal colectivo; en *Amor y pedagogía*, el problema de la individualización; en *Niebla*, la lucha entre el ser y el no ser de la ficción y la realidad; en *Abel Sánchez*, la esencia de la intimidad; en *Don Sandalio, jugador de ajedrez*, la lucha del propio ser con otro, la lucha del "para sí" y el "en sí", que dice Sartre; en *La tía Tula*, el problema de la convivencia; en *San Manuel Bueno, mártir*, la vida personal y el compromiso (11).

Ahora bien, terminado este análisis—necesariamente tan parco y turístico—de la amplia obra de don Miguel de Unamuno, tenemos que hacernos la pregunta capital. ¿Es o no es filósofo, en sentido riguroso, don Miguel de Unamuno? Fijémonos, en primer lugar, los temas que acomete Unamuno: la existencia personal, el problema del ser concreto, la vida humana, la persona, existencia finita y perdurabilidad, el problema de Dios. Desde el punto de vista de la temática hay, por consiguiente, un indudable contenido filosófico. Unamuno analiza rigurosamente el problema de la historia; su obra está henchida de contenido existencial: la vida, la historia, la existencia, el sentido de la muerte, la soledad y la angustia. En cuanto al método, yo pido perdón anticipado, pero no creo que el único ropaje de la filoso-

(11) Cfr. MARÍAS: *La filosofía española actual*, ed. ct., pp. 52-66; Idem, *Miguel de Unamuno*, ed. ct., pp. 40-190.

fía tenga que ser el silogístico. Pero hay siempre algo que se resiste a que consideremos a Unamuno como simple filósofo. Su personalidad es tan grande que a él mismo empezaría por molestarle el título. Pero ¿qué sería Unamuno si no es filósofo? Un gran engendrador de filosofía.

Dos de los más acertados críticos de Unamuno, el Padre Miguel Oromí, franciscano, y Julián Marías han coincidido en comparar a Unamuno con Sócrates. "Lo más acertado—dice el P. Oromí—es considerarle como otro Sócrates, más apasionado que el primero..., y cuya misión hubiera sido agujonear y despertar a la juventud española." "Unamuno nos muestra—dice por su parte Julián Marías—el espectáculo dramático y profundamente instructivo del hombre que aborda de un modo extrafilosófico... el problema mismo de la filosofía" (12). Y esto es lo que hizo también Sócrates. Yo suelo explicar en mis clases, con grave escándalo de quien lo escucha por vez primera, que Sócrates—rigurosamente hablando—no es filósofo. Sócrates se veía a sí mismo nada más que como un comadrón del alumbramiento filosófico; y si hoy Sócrates ocupa un puesto en la historia de la filosofía no es por lo que él filosofaba, sino por aquellos que él despertó al filosofar; y entonces el padre filosófico de Platón y Aristóteles bien que se merece un hueco en la más rigurosa historia de la filosofía.

Este, creo yo también, es el caso de nuestro don Miguel de Unamuno. En aquella España trágicamente cómica del 98, en medio de la sofistería krausista y de la falsa patriotería de "los empalagosos lugares comunes de nuestra historia", que dijo Menéndez Pelayo, la misión de Unamuno es absolutamente socrática. Ante su obra caben, pues—como sucedió con Sócrates—, dos posturas: o atenerse a la letra muerta de un unamunismo de vía estrecha, como hicieron Euclides, Antístenes y Aristipo con Sócrates, o hacer lo que Platón: partir del maestro para actuar, conforme a su espíritu, dentro de los nuevos problemas y las nuevas circunstancias. En este sentido todos somos—hasta sus enemigos—discípulos de Unamuno.

"Unamuno—decía Ortega, que siempre ha sido nada unamunesco—me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas, y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia... Aunque no

(12) OROMÍ: Op. ct., p. 11; MARIAS: *Miguel de Unamuno*. Ed. ct., página 220.

esté conforme con su método soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura." Esto lo decía en 1908. En 1937 aun agregaba Ortega y Gasset: "La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo" (13). Don Miguel, creo yo, puede ser el Sócrates de nuestra filosofía, pero para eso será necesario que nosotros procuremos que tenga su Aristóteles y su Platón. Al menos no nos ha faltado su ejemplo apasionado—en lo bueno y en lo malo—. Y si Sócrates sufrió el amargor postrero del veneno, también Unamuno murió gustando la cicuta; con la sola diferencia que Unamuno paladeó el gusto de la muerte durante setenta y dos años.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ

(13) ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*. Madrid, 1946, I, pp. 117-118; Idem, *Necrología* de Unamuno, en *La Nación*, de Buenos Aires, del 4-1-1937.